Ranking de libros

LOS LIBROS MÁS VENDIDOS DE LA SEMANA
Desde el 17 al 23 de marzo de 2022.

FICCIÓN

1	**VIOLETA**	Isabel Allende / Sudamericana
2	**BOULEVARD 1**	Flor M. Salvador / Montena
3	**FLEUR. MI DESESPERADA DECISIÓN**	Ariana Godoy / Montena
4	**TODO LO QUE NUNCA FUIMOS**	Alice Kellen / Booket
5	**CUANDO NO QUEDEN MÁS ESTRELLAS QUE..**	María Martínez / Crossbooks
6	**FUEGO 1 CIUDADES DE HUMO**	Joana Marcús / Crossbooks
7	**EL CHICO QUE DIBUJABA CONSTELACIONES**	Alice Kellen / Planeta
8	**TODO LO QUE SOMOS JUNTOS**	Alice Kellen / Booket
9	**AL FINAL MUEREN LOS DOS**	Adam Silvera / Puck
10	**LA CASA DE CIELO Y ALIENTO. CIUDAD...**	Sarah J. Maas / Alfaguara

NO FICCIÓN

1	**TODO LEGAL**	Carlos Tromben, I. Schiappacasse / Planeta
2	**EL ECONOMISTA CALLEJERO**	Axel Kaiser / Ediciones El Mercurio
3	**LA HISTORIA DEL DESPOJO**	Martín Correa Cabrera / Ceibo
4	**DESHACER LA ANSIEDAD**	Judson Brewer / Paidós
5	**TODOS DEBERÍAMOS SER FEMINISTAS**	Chimamanda Ngozi Adichie / Mondadori
6	**LOCA PELVIS**	María José Quiñinao / Planeta
7	**CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS**	Marian Rojas Estapé / Espasa
8	**DE ANIMALES A DIOSES**	Yuval Noah Harari / Debate
9	**SOY SUFICIENTE**	María José Lacámara / Planeta
10	**LA BAILARINA DE AUSCHWITZ**	Edith Eger / Planeta

Librerías que respondieron: Antártica, Feria Chilena del Libro, Librería Francesa, Lolita, Catalonia, Librerías UC.

El derecho a la autonomía de las obras

Contra todo fanatismo que pretende quemarlos, destruirlos y cancelar a sus autores, la voz de la razón, pero también de la belleza, el amor y la sensibilidad, elegirá siempre rescatar los libros.

la columna de *María Teresa Cárdenas*

Dos destacadísimas escritoras chilenas, feministas, pero tan diferentes en sus propuestas estéticas como Isabel Allende y Diamela Eltit han coincidido en defender la obra de Pablo Neruda por sobre las conductas impropias o definitivamente condenables del poeta. "Revisemos su vida privada, pero no eliminemos todo, porque si no, ningún títere queda con cabeza", dijo Allende al presentar su última novela, **Violeta**, mientras que en una entrevista en televisión, Eltit afirmó —con un dejo de humor, claro— que si fuera por eso habría que descartar la lectura de la mayoría de los poetas nacionales. Otras creadoras, en nuestro país y en el mundo, han coincidido con ellas, refiriéndose ya no solo a Neruda, sino también a muchos autores cuyas obras se han visto amenazadas por una corrección política que ha ido más allá de las legítimas reivindicaciones feministas y que ha entrado en el riesgoso camino de la cancelación.

Una mayor conciencia y la garantía de los derechos de las mujeres y de sectores excluidos o invisibilizados son grandes avances de nuestras sociedades en las últimas décadas, así como antes lo fueron la declaración universal de los derechos humanos y la abolición de la esclavitud, entre otras conquistas. Son logros que no deberían admitir retrocesos, pero que, por lo mismo, no pueden borrar el pasado. Y así como se ha debatido con insistencia respecto de qué hacer con los monumentos dedicados a personajes que no solo no representan a las actuales generaciones sino que tuvieron actuaciones reprobables de acuerdo a los estándares de hoy, también las obras literarias han caído bajo sospecha por sus contenidos o por las conductas o ideologías de sus autores.

¿Pero qué literatura podrían producir seres angélicos si son precisamente sus demonios, como lo dijo Vargas Llosa hace años, los que impulsan a los escritores a construir sus ficciones? Demonios que los habitan y los lanzan al vacío de la página —la pantalla— en blanco; heridas, miedos y pecados que intentan sublimar en la escritura; una insatisfacción con el mundo real que buscan corregir creando nuevos mundos en la ficción.

Que Neruda fue machista, abandonó a su primera mujer y a su única hija, y en sus memorias confesó una violación, es cierto. Pero no es menos cierto que su obra ha logrado conmover y fascinar a generaciones de lectores en Chile y en el mundo, precisamente porque toca las fibras más sensibles del ser humano que ha vivido en su interior las luchas del bien y el mal. No se trata de sufrir para poder ser escritor ni de que este deba llevar en sí mismo los dilemas y oscuridades que describe, pero sí de tener la sensibilidad para reconocer y revelar la naturaleza humana.

Las obras literarias son las portadoras de la memoria de la humanidad y nos permiten reconocer quienes fuimos en el pasado.

Una de las escritoras que también ha llamado a defender la obra de Neruda y de otros escritores es la española Irene Vallejo. Y no es extraño, si se considera que su exitoso ensayo **El infinito en un junco** es precisamente una historia del rescate y cuidado de los libros a través de los siglos. "No quiero idealizarlos —afirmó en una entrevista—, porque también hay libros muy dañinos, que han insuflado odio, que han justificado persecuciones racistas, que han sido fundamento de imperialismo, de fanatismo, de misoginia. Pero es la existencia y la circulación de todos estos libros, sin restricciones, lo que garantiza la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia".

Contra todo fanatismo que pretende quemarlos, destruirlos y cancelar a sus autores, la voz de la razón, pero también de la belleza, el amor y la sensibilidad, elegirá siempre rescatar los libros. Incluso aquellos que pueden chocarnos por sus contenidos acordes a otras épocas y estilos de vida. Las obras literarias son las portadoras de la memoria de la humanidad y nos permiten reconocer quienes fuimos en el pasado.

Pero si ni siquiera los escritores cuestionados por sus conductas merecen que sus obras desaparezcan, mucho menos se entienden los fanatismos que pretenden cancelar a creadores de todas las disciplinas artísticas por su nacionalidad. En estas mismas páginas, el poeta Daniel Calabrese, fundador y director de RIL editores, recordaba cómo la dictadura argentina prohibió que las radios de ese país emitieran canciones en inglés mientras se desarrollaba la Guerra de las Malvinas con Gran Bretaña. "Es inconcebible como todavía algunos piensan que los artistas de un país son lo mismo que sus autoridades políticas o militares", expresó Calabrese. Porque cuarenta años después de ese conflicto bélico, nuevas dictaduras morales han llamado a cancelar a autores rusos como represalia por la invasión a Ucrania. Así, la Universidad de Bicocca de Milán quiso hacerle pagar nada menos que a Dostoievski la agresión de Putin, cancelando un curso sobre este autor del siglo XIX que ha enriquecido la tradición literaria universal.

Ya que los libros sobreviven a sus autores y traspasan las fronteras, deberíamos reclamar su autonomía, su derecho a existir por sí mismos, sin cobrarles las faltas de la época, el país o el autor que los engendraron.

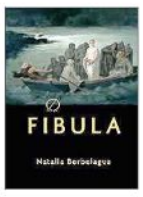
PÁGINA ABIERTA

por *Camilo Marks*

LA DESTRUCCIÓN PERMANENTE DEL LENGUAJE

Natalia Berbelagua (1985) es escritora y artista visual. En su primer rol, el de prosista con pasajes poéticos, ha publicado ocho libros, sobresaliendo **Domingo**, **Manual de autobiografía**, **Hija natural**, **Manual de entrenamiento metafísico del ejército femenino** y ahora **Fíbula**, su última obra.

Es bastante difícil, por no decir en extremo arduo, juzgar un título como **Fíbula**. De partida, no es una novela, en el sentido más o menos convencional que damos a este género narrativo: carece de argumento, de trama, de personajes, de hilo conductor que nos indique adónde va a parar todo lo que ocurre en estas páginas y, sin ánimo de ser ofensivo, si es que en verdad sucede algo, porque, por más que le busquemos las cuatro patas al gato, en **Fíbula** no pasa absolutamente nada: estamos ante un texto carente de acción, de progresión dramática, de un anecdotario mínimo, de algo que ni siquiera semeja, en forma remota, a lo que siempre hemos entendido como novela. Por supuesto, Berbelagua esto lo sabe y ha escogido un camino escarpado, escurridizo, muy difícil de seguir que, con seguridad de modo consciente, parafrasea o es acorde con las más recientes tendencias de la novelística moderna.



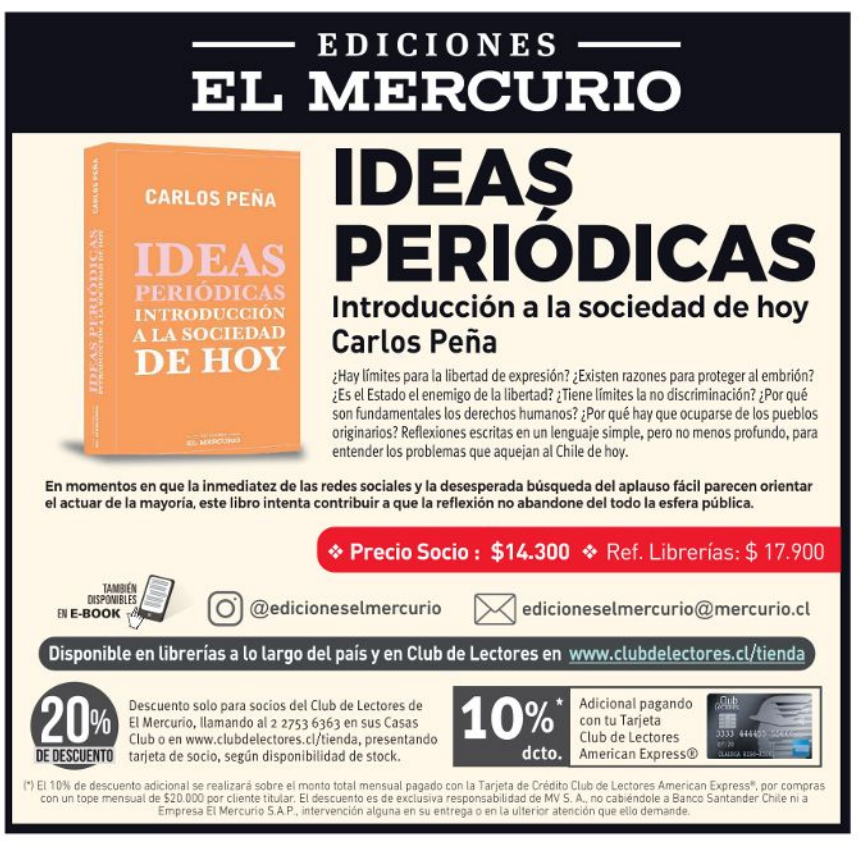
FÍBULA
Natalia Berbelagua
Agua Rosa Ediciones, Valparaíso, 2021, 198 páginas.

Por desgracia, o tal vez por fortuna, la crítica literaria debe calificar, acotar, señalar límites, orientar al cada vez más desorientado lector, entregar pautas; en fin, emitir criterios valorativos, situando la obra en cuestión dentro de una perspectiva artístico-literaria que nos sea útil para contextualizarla en el panorama de las letras actuales. De nuevo, lamentablemente esto tampoco es posible de llevar a cabo, porque **Fíbula** resiste todo tipo de definición. Por momentos, Berbelagua escribe maravillosamente bien y sus páginas se acercan o identifican más con el poema en prosa: "Podía encerrar las imágenes a medida que lo necesitaba. Fueron transitando pequeñas tramas en bloque, golpeando los objetos"; "La única institución que quedó en pie fue la palabra. Había que comportar el cerebro entre los límites de la normalidad"; "Es necesario dejar de tocar en favor de la brevedad, algunos temas en torno al deseo. Las palabras no solo estaban en las nubes, en el porcentaje de aire que flotaba, también descansaban sobre las ruinas"; "El agua se movió al ritmo de un acordeón ambientando un cabaret. Le dio la sensación [a Fíbula, la protagonista, quien demorará en aparecer] de entregarse a un destino rechazado por la cordura", etcétera, son momentos excepcionales de un estilo que, en diversas oportunidades puede llegar a ser deslumbrante.

> "Fíbula" resiste todo tipo de definición.

Más que por un afán catalogador, habría que decir que **Fíbula** constituye una sucesión de estados de ánimo. El escenario es apocalíptico, devastado, metamorfoseado en un conjunto de seres vivos que han mutado hasta lo irreconocible y en el presente son engendros monstruosos, repletos de escamas, repugnantes, viscosos, ponzoñosos que derraman fatídicos líquidos que pueden causar desde la muerte a males y enfermedades indescriptibles. Es preciso destacar el gran talento de Berbelagua para el uso de un lenguaje poco habitual, constituido por una chorrera de vocablos aparentemente sin relación entre sí, aunque, por cierto, existe y el lector la percibirá: "el vidrio que la separaba de la intemperie ocasional"; "¿Hay coherencia entre las palabras que se suceden en el cielo más allá de un campo semántico?"; "El gusto por el reflejo erótico supuso una ruina y articuló una ecuación. Una nave de chispas móviles"; "Seis letras 'E' de distintos tamaños; metálicas e inoxidables, forradas prolijamente por la piel humana, aparecieron entre sus trapos"; "El hilván de ola en ola, remendada de manera obsesiva, contendría la fuerza de la orilla, que estira la espuma", etcétera, conforman despliegues retóricos que muestran un rico vocabulario, aunque, en algunas circunstancias, tal don le juegue malas pasadas y pueda caer en la cursilería.

Fíbula es un ejemplar extraño, insólito, raro, extravagante y esto desde luego que está dicho de modo positivo: la buena literatura está colmada de casos y cosas extrañas; si no fuese así, el lector se convertiría en un ente robótico, a quien le sirven solo recetas preparadas. Está claro que Berbelagua no se dirige a esta clase de lectores, sino a otros, aquellos curiosos, que desean investigar a otros y que, al igual que la autora, gozan con el mero sonido de las palabras.

En la supervivencia a los últimos días en la Tierra, Fíbula, en el torbellino de voces sin aparente relación entre sí y las vivencias de un universo alienado, descubrirá que un posible sentido consiste en evitar la destrucción permanente del lenguaje.

Comente en: **blogs.elmercurio.com/cultura**